

CAPÍTULO II.- QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE.

Comienza el capítulo recordando que ya nos ha prevenido en el anterior y sigue hablando “él” por todas partes, cambiando la forma de expresarse entre el castellano y el romance. Crea un escenario con “pequeños y pintados pajarillos” donde aparece el Campo de Montiel, que es el origen de todo, ya que sin la muerte de Pedro I el Cruel, el árbol genealógico real, habría tomado otro camino. Estamos ante un libro de historia, geografía, religión, filosofía, etc., escrito por un ser ingenioso ¿O ya no recordamos el prólogo? Es una enciclopedia con pies.

Cervantes se permite advertir que su libro quedaría oculto durante siglos, en lo que parece una mofa hacia Don Quijote, pero ahora creo que decía la verdad, ya que sabía que lo había dejado bien atado, como iremos viendo.

La descripción que hace de la primera venta a la que llega, es un recorrido por las calles de Toledo. Desde las dos mozas que le esperan a la puerta (Nueva de Bisagra), que por ahora son las dos torres y es exactamente el punto inicial del camino real de Toledo a Sevilla, lugar donde iban las mozas y los arrieros de este capítulo.

Así que para no extenderme tanto como en días anteriores, intentaré ir al grano y dejaré mis conjeturas en los apuntes. Todas las ideas que nos da en este capítulo II, si hacéis el favor de leerlo en el libro, definen a la ciudad de Toledo:

*“vió, **no lejos** del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una **estrella** que, no á los portales, sino a los **Alcázares** de su redención le encaminaba”.*

Dice no lejos, que puede ser a tres metros de distancia, pero desde la puerta de Bisagra toledana, encontramos a la Virgen de la Estrella que sube hasta el Alcázar por los portales de la Plaza de Zocodover y desde allí, se ve la Catedral, incluso hoy en día.

Reconozco que todo lo que voy contando, resultará muy extraño para quienes conozcan el Quijote, pero a medida que vayamos avanzando, todo irá teniendo mucho sentido.

Las mozas se irán transformando a lo largo del capítulo, como declarará ayudándose del romance viejo de Lanzarote, en damas, doncellas y princesas: “las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas”. Esta es la forma en la que

se compone una metáfora.

Pues por locura que pueda parecer, acaba de llegar a la Catedral Primada de Toledo, es decir, sigue andando por las calles de su pueblo. En la Catedral se celebraba y se celebra aún, la misa en rito hispano-mozárabe, aprobada por el Cardenal Cisneros, y es en lengua romance, con la que se dirige Don Quijote a las damas. Comprobaremos al final del capítulo, que la cena de Don Quijote a base de pan negro y pescado, era la comunión y *“acertó á ser viernes aquel día”*, día de la celebración de la multiplicación de los panes y los peces: *“como haya muchas truchuelas, podrán servir de una trucha”*. Que junto al pan ácimo o negro como lo llama Don Quijote, resulta una descripción clara, aunque un poco burlona, del lugar en el que se encuentra.

Por otro lado el ventero, castellano del castillo, era un hombre muy gordo, es decir, muy importante, y mantiene una conversación con Don Quijote en la que ambos recitan el romance anónimo (hoy día) *“mis arreos son las armas, mi descanso el pelear...”* Podría tratarse de San Isidoro, castellano y andaluz, de León y de Sevilla, que organizó el Concilio de Toledo, en el que puso firmes a los religiosos. De cualquier modo, se trata de alguien importantísimo que está en la Casa de Dios y dice amén. Es el paso del romance al castellano y la Primera Gramática Castellana la escribió Nebrija. Por otra parte estamos ante la Escuela de Traductores de Toledo, aunque quizá quiera dejar Cervantes como anónimo al ventero que representa a la lengua castellana. Hay que seguir adelante.

La descripción interior del templo, nos lleva a la Capilla de los Reyes Nuevos, la mencionada caballeriza, durante la noche, que es cuando suceden hechos de este tipo durante la obra. En esta capilla se hallan los sepulcros de Enrique II de Castilla, su hijo Juan I y su nieto Enrique III. Como hemos dicho, se da la curiosidad de que Enrique II fue el vencedor de su hermanastro Pedro I en el Castillo de la Estrella de Montiel.

Describe a los reyes de la forma más graciosa, ingenua y disimulada, incluso llega a decir *“temiendo la máquina de tantos pertrechos”*, refiriéndose al *“Artilugio”* mecánico de Don Álvaro de Luna, sepultado también en la Catedral.

Pues en este capítulo, dos de los Reyes Nuevos quedan descritos del siguiente modo: Juan I de Castilla murió al caer de su caballo en Alcalá de Henares, por lo que no le pareció tan bueno (Rocinante) al ventero. Lo recogió el Arzobispo Pedro Tenorio, también sepultado en la Catedral de Toledo.

El sepulcro de su padre, Enrique II de Castilla, se presenta en arcosóleo como el resto, solo que a la vista de la figura yacente, el cetro que sujeta con

la mano, parece que lo lleva a la boca, que es la burla del ventero, la caña por donde daba el vino a Don Quijote.

Y deja el capítulo disimulando la frase “*primum vivere dende philosophari*”, donde Don Quijote dice a la hora de cenar: “*Pero, sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas*”.

Y con el castrador de puercos, que tiene lo suyo, pronto deja el ingenioso escritor su disimulada historia que hay que adivinar, hasta el siguiente capítulo, en el que descubriremos algo más.